



en mí? ¿es fiel á su amor? Sin duda ha regresado á su triste castillo, y, creyendo muerto á mi hermano, no se atreve á dar señales de vida. Este obstáculo quimérico le detiene. Por otra parte, él hubiera debido intentar verme; cuando ménos debia haberme escrito. Tal vez la idea de que ahora soy un partido ventajoso enfrena su ardimiento. ¡Oh! si me hubiese olvidado. No, es imposible. Yo hubiera debido hacerle saber que Vallombreuse estaba curado de su herida; pero desdice de una jóven bien nacida provocar así la reaparicion de un amante alejado. ¿No me hubiera valido más permanecer en mi humilde estado de comedianta? Al ménos entonces podia verle todos los dias, y, segura de mi virtud como de su respeto, saborear en paz la dulzura de ser amada. A pesar del tierno afecto de mi padre, me siento triste y sola en este magnífico castillo; aun si Vallombreuse estuviese aquí, su compañía me distraeria; pero su ausencia se prolonga, y busco en vano el sentido de las palabras que envueltas en una sonrisa me dirigió al partir: «Hasta la vista, hermanita, quedareis contenta de mí.» A veces me parece comprender, pero no quiero acariciar tal pensamiento porque la decepcion seria dolorosa. Si fuese cierto, ¡ah! enloqueceria de felicidad.

La condesa de Lineuil, pues es quizá demasiado familiar llamar Isabel á secas á la hija legítima de un príncipe, habia llegado aquí de su monólogo interior cuando se presentó en su aposento un lacayo de gran librea, que pidió á la señora condesa si podia recibir el señor duque de Vallombreuse que acababa de llegar de viaje y deseaba saludarla.

—Que venga al instante,—respondió la condesa,—recibiré su visita con la más viva satisfaccion.

Pocos minutos despues el jóven duque entró en el salon con el rostro radiante, chispeante la mirada, seguro y ligero el paso, con ese aire de dominio que le conocimos antes de ser herido; arrojó su sombrero sobre un sillón y tomando la mano de su hermana depositó en ella un tierno y respetuoso beso.

—Querida Isabel, mi ausencia se ha prolongado más de lo que yo hubiese querido, pues es para mí una gran privacion el no poderos contemplar, tan rápidamente he adquirido la dulce costumbre de veros; pero puedo certificaros que me he ocupado sériamente de vos durante mi viaje y que la esperanza de seros agradable servia para mí de alguna recompensa.

—El mayor placer que podíais haberme dado,—respondió Isabel,—hubiera sido que hubieseis permanecido en el castillo al lado de vuestro padre y mio, y no poneros en camino por no sé qué capricho apenas cicatrizada vuestra herida.

—¿De veras he sido herido?—dijo riendo Vallombreuse;—á fé mia si apenas me acuerdo. Jamás he disfrutado de mejor salud, y la corta excursion que acabo de hacer me ha probado á maravilla. Más cómoda encuentro la silla de montar que la en que pasé mi convalecencia. Pero hablando de vos ¿sabeis, mi buena hermana, que os encuentro un poco flaca y pálida? ¿os habríais aburrido acaso? No es en verdad muy alegre este castillo y la soledad no conviene á las jóvenes. La lectura y el bordado son pasatiempos que á la larga se hacen melancólicos, y hay instantes en que la más recatada, hastiada de mirar por la ventana la verdosa agua del foso, no sentiria poder ver el semblante de un apuesto caballero.

—¿Qué placer encontráis en mortificar siempre mi tristeza con vuestras bromas, hermano mio? ¿No tenia por ventura la compañía del príncipe, tan amable y de conversacion tan amena é instructiva?

—Sin duda, nuestro padre es un cumplido caballero, prudente en el consejo, arrojado en la obra, perfecto cortesano en el palacio del rey, gran señor en su casa, docto en toda clase de ciencias; pero el género de distraccion que él procura es grave, y yo no quiero que mi querida hermana vea consumirse su juventud de un modo solemne y desagradable. Ya que nada habeis querido saber del caballero de Vidaline ni del marqués de l'Estang, me he puesto en busca,

durante mi viaje, de un novio, y he hallado el que os conviene: un marido encantador, perfecto, ideal, por quien tengo la seguridad de que enloquecereis.

—Es una crueldad, Vallombreuse, perseguirme tan tenazmente con esas chanzas. Vos no ignorais, mal hermano, que yo no quiero casarme; pues no podria dar mi mano sin mi corazon, y este ya no me pertenece.

—Cambiareis de lenguaje cuando os presente el esposo que os he elegido.

—Jamás, jamás,—respondió Isabel con voz alterada por la emocion;—seré fiel á un recuerdo querido, pues no spongo que vuestro intento sea violentar mi voluntad.

—¡Oh! no, no llevo la tiranía hasta tal extremo; sólo os pido que no rechazeis á mi protegido antes de haberlo visto.

Sin aguardar el consentimiento de su hermana, Vallombreuse se levantó y pasó á la sala inmediata, de la que volvió poco despues acompañando á Sigognac, á quien le latia el corazon con violencia. Ambos jóvenes, cogidos de la mano, permanecieron un buen rato al umbral de la puerta, esperando que Isabel volviese los ojos hácia ellos; pero esta los tenia modestamente bajados, fijándolos en el extremo de su corsé y pensando en su amigo á quien no sospechaba tan cerca.

Vallombreuse, al ver el poco caso que de ellos hacia y que se entregaba de nuevo á su meditacion, avanzó algunos pasos hácia su hermana, conduciendo al Baron por el extremo de los dedos como se acompaña una dama á la danza, é hizo un saludo ceremonioso que repitió Sigognac, quien se hallaba tan turbado como risueño el duque. Al Baron le sucedia lo que á los corazones generosos, que tanto cuanto era arrojado con los hombres, era tímido con las mujeres.

—Condesa de Lineuil,—dijo Vallombreuse con tono ligeramente enfático y como exagerando adrede la etiqueta,—permitidme presentaros uno de mis buenos amigos á quien espero dispensareis una acogida favorable: el baron de Sigognac.

Apesar de que en un principio creyó ser una broma de su hermano, Isabel, al oír el nombre de su amigo, se estremeció y lanzó una rápida mirada al recién llegado. Extraordinaria fué la emocion que experimentó al ver que su hermano no la habia engañado: primero, afluyéndole la sangre al corazon, palideció densamente; luego, obrándose la reaccion, una rosada nube le cubrió la frente, las mejillas y la parte de su seno que se dejaba ver á través de la gargantilla. Sin pronunciar palabra, Isabel se levantó y se arrojó al cuello de Vallombreuse, ocultando su cabeza contra el hombro de éste. Dos ó tres sollozos conmovieron el gracioso cuerpo de la joven, y algunas lágrimas humedecieron la tela del jubon en el sitio en que ella apoyó la cabeza. Por medio de este agraciado movimiento, tan púdico y tan propio de la mujer, Isabel demostró toda la delicadeza de su alma. Daba las gracias á Vallombreuse, cuya ingeniosa bondad habia comprendido, y no pudiendo hacerlo con su amante, abrazaba á su hermano.

Cuando creyó que podia haberse calmado, Vallombreuse desvió suavemente á Isabel, y apartándole las manos con que se cubria el rostro para ocultar sus lágrimas, le dijo:

—Querida hermana, dejadnos contemplar vuestro encantador semblante, ó mi protegido creerá que experimentais hácia él un horror invencible.

Isabel obedeció y volvió hácia Sigognac sus hermosos ojos iluminados de celestial alegría, á pesar de las brillantes perlas que temblaban todavía entre sus largas pestañas; luego le tendió la mano, en la que el Baron, inclinándose, depositó el más tierno beso, cuya sensacion llegó al alma de la joven, que casi perdió el sentido; pero deliciosas emociones son estas de las que se repone pronto quien las experimenta.

—¿Qué tal?—dijo Vallombreuse,—¿no tenia yo razon cuando sostenia que dispensaríais buena acogida al novio de mi eleccion? A veces es bueno porfiar. Si yo no me hubiese mostrado tan testarudo como vos resuelta, nuestro amigo